

# Torras y Bages y el Sacerdote de hoy

## I. *Figura prócer*

Pocas veces sucede que en medio de una multitud destaque tanto un hombre sobre los que lo rodean por su gigantesca estatura, que los supere «ab humero et sursum», «de espaldas arriba».

Esto sucedió a aquel hombre que Dios escogió para rey de Israel, Saúl. Pues convocando Samuel a todo el pueblo, fue hallado que «aventajaba a todo el pueblo de espaldas arriba» (I Sam 10, 23). Era capaz de atraer la admiración de todo el pueblo aquel atleta colosal que había de guerrear para librar a Israel de la esclavitud con que lo oprimían sus enemigos: «¿No véis al que ha escogido Yahvé? No hay uno como él en todo el pueblo. Y toda la gente gritó: ¡Viva el rey!» (10, 24).

Hay otra clase de estatura señera que todavía cautiva más las miradas, que la corporal: el genio. La estatura en ciencia, artes, gobierno, trato.

Finalmente, la estatura de orden superior, que nos cautiva con sólo presentárenos, es la de orden moral: la santidad. Pero si esta grandeza moral toma como base y soporte el talento para injertarse en un genio, entonces nos sentimos poseídos de una admiración superior a todas las anteriores.

Pocos hombres hay en cada generación que descuelen así. Cuando Dios concede la presencia de un hombre de éstos, hace un verdadero don. Su influjo no sólo se ejerce sobre los que lo rodean, sino que precisamente por la altura desde la que mira el horizonte, influye también en las generaciones futuras.

Tal fue aquel hombre extraordinario que conocemos con el nombre de José Torras y Bages, Obispo de Vich. En 1966 se ha celebrado el cincuentenario de su muerte; el cincuentenario de su maestría irá celebrándose cada año, porque su influjo perdura y perdurará.

Es evidente que en él, como en todo lo que hay en este mundo, se encuentran muchas limitaciones propias de lo que es circunstancial, de un tiempo y de un lugar. Pero precisamente ahí está lo propio del hombre grande, que no se ahoga ni se agota en lo circunstancial, sino que por su grandeza, lleva en sí algo intem-

poral y universal. Sólo los pigmeos, que viven en las zonas «ab humero et deorsum», «de espaldas para abajo», se obstinarán en olvidar sus valores, porque siendo sólo capaces de lo circunstancial y perecedero, atados al último tiempo, y al inmediato lugar, les ofende todo lo que los supera.

No pretendemos que todo lo de Torras y Bages tenga hoy día **una aplicación** literal; ni que en nada pueda aportarle complementos el **incesante** cambio de las cosas. Lo que pretendemos decir es que no se **agota todo** ahí, sino que con sus dimensiones majestuosas tiene algo de **perenne** y universal, en lo cual consiste precisamente su grandeza y es lo **que** podemos provechosamente recordar.

## II. *Concentrarse para expansionarse*

Sólo un punto haremos ahora resaltar entre los muchos que merecen notarse en Torras y Bages: que colocado en un momento de crisis, vio claro que el sacerdote (y por extensión todo apóstol, hasta el seglar en la medida en que hoy colabora en su misión) ha de ser, por encima de todo, «hombre de Dios».

Cuentan de él que cuando le notificaron que el Gobierno tomaba la iniciativa de proponerlo para Obispo de Vich, antes de aceptar o rechazar tal dignidad lo que hizo fue recogerse a rezar el Santo Rosario. Este gesto no es sólo una anécdota curiosa, es algo más: es todo un símbolo de lo que fue Torras y Bages.

Un hombre bien afianzado. Cuando el atleta ha de dar el salto que precede a una carrera, se afianza atrás hincando bien los pies. Ir atrás es en esta ocasión una condición para poder saltar adelante. Aparente retroceso para un buen avance.

Cuando el constructor quiere edificar una casa, quizá no pondrá en seguida manos a la obra; «perderá» —digámoslo así— quizá tres, cuatro, seis meses preparándose; pero cuando empiece hará más y mejor con las máquinas preparadas en aquel tiempo, que otro que sin preparación se hubiese puesto, manos a la obra, desde el comienzo. En este caso «perder el tiempo» era ganarlo; el afán de «ganarlo» suprimiendo la preparación, resultaba a la larga una pérdida de tiempo.

Es lo que sucede con todos los grandes hombres. Y no son en esto una excepción los que descuellan en la Iglesia por su santidad y por su apostolado, hombres grandes a la vez por su genio y por su virtud.

En septiembre de 1870 se matriculó Torras y Bages para cursar Teología en el Seminario de Vich. El mismo dice de sí que «cierto instinto intelectual» fue el que lo llevó allá, porque explicaban el texto de Santo Tomás. ¿Era retroceder para comprender mejor las doctrinas modernas? Era capacitarse para comprenderlas mejor;

sus logros, si los había, y dónde radicaban sus errores, si se manifestaban en ellas.

Ordenado ya sacerdote, no se desparramó en impaciente fuego de bengalas: continuó todavía hasta 1875 estudiando la Teología de Santo Tomás en el Seminario de Barcelona. Era otro gesto de «concentración», como condición indispensable para una **eficaz** «expansión»; era el afianzarse del atleta, **para saltar** más lejos después.

Este típico rasgo torrasino de la «concentración», como condición previa para una **eficaz** «expansión» ulterior, no sólo lo tuvo en su preparación remota al apostolado: lo tenía constantemente en su **vida**: estaba al corriente de todos los males de su época, **eso sí**; se preocupaba por todos los conflictos en cada momento y en cada lugar; pero antes se concentraba en sí mismo, con una vida casi cenobítica, para poder decirles con autoridad la palabra exacta y profunda.

¿De qué sirve —no digo ya el afán de «adaptarse», que es digno de elogio y hasta necesario— sino la «locura de la adaptación», si cuando uno ya está adaptado no tiene nada que dar?

Cuentan que preguntaron a un obrero cargador del puerto, qué condición era indispensable para cargar un barco petrolero con líquido carburante. ¿La adaptación de la manga que va desde los depósitos hasta el barco? Es indudable. Y fueron los ingenieros, preocupados por la adaptación. Ya está la anchura de la boca de manga conforme a la del depósito del puerto y del barco; ya está previsto el grosor de la tubería según la presión del líquido; todo adaptado perfectamente. Abren el grifo y... no pasa nada. ¿Falta de adaptación? No, si ya estaba adaptada la manga. Pero el depósito estaba vacío...

¿No es verdad que en medio de la agitación de muchos apóstoles modernos se repite el caso de que «no pasa nada» a través de «su» enseñanza, de «su» predicación, de «su» testimonio, de «sus» organizaciones, sencillamente porque el depósito de su alma está vacío?

En esto, Torras y Bages es radicalmente opuesto: concentrarse para poder luego expansionarse. Nos describe Monseñor Antonio Griera el género de vida que llevaba en su palacio el Obispo Torras, con estas palabras: «Els que hem viscut el seu Pontificat guardem tal veneració per ell que tots els altres bisbes ens sembla que no ho són. Després de la missa, a les vuit, tota la família episcopal entrava a saludar-lo. Passava dues parts de Rosari, després llegia o escrivia fins a les deu, hora de rebre les visites. Destriava la correspondència, fullejava la premsa, llegia les editorials de l'Apat, redactades de Jaume Raventós, l'autor de les Proses de Bon Seny. A la una, i, a toc de campana, la família episcopal es reunia al menjador. El senyor bisba beneï la taula. Es complavia de tenir convidats, especialment els artistes i homes

de lletres de Barcelona que el visitaven. El dinar transcorria amb un interrogatori constant dels convidats. La freda ciutat de Vic convida, especialment a l'hivern a prendre el sol. Després de dinar, cada dia, el senyor bisbe sortia a passejar pel Camí dels capellans. En tornar resava vespres i completes, matines i laudes. Seguidament se n'anava a les Quaranta Hores, visita que durava trenta minuts. Consagrava la vetlla a l'estudi: estudiava Sant Tomàs i meditava la Bíblia, especialment les cartes de Sant Pau i llegia l'*Année liturgique*. A les vuit, i a toc de campana, es tancava la porta del palau. Els familiars es reunien davant la capella. El Dr. Torras eixia de les habitacions i s'interessava pel treball de cada familiar i criat. Dirigia el Rosari i l'examen i se sopava» (1). ¿No tenia este género de vida algo de orden de la vida santa, algo del recogimiento de la vida del monje? Quizá por ello algún personaje que en el siglo pasado parecía sorber los vientos con actividad y fama miraba despectivamente al Dr. Torras. Sin embargo, del primero apenas sí nos queda más que el recuerdo vulgar y sin relieve, de su nombre; del segundo podemos decir que tiene un significado perenne.

Este alejarse del mundo no es abandonarlo, según podría parecer a los ojos del superficial, sino al revés; es un asegurarse que después del alejamiento previo, el retorno será más eficaz. Es la repetición de lo que ha sucedido a través de los siglos. ¿No se retiró al desierto San Antonio, pero su vuelta a Alejandría cuando asolaba la tierra el arrianismo fue un retorno mil veces más eficaz que lo hubiera sido si hubiera permanecido en medio del devaneo de la capital? ¿no fue su separación temporal seguida por muchedumbres que iban a visitarlo atraídos por una santidad, cuyo recuerdo ha dejado una huella imprecadera en los siglos hasta hoy? ¿no fue San Jerónimo quien trocó su soledad por unas obras que todavía viven hoy día en nuestros estudios? La acción apostólica de San Ignacio fue ciertamente muy grande; pero empezó en la soledad de Manresa, desconocido, con su larga oración y penitencia. Algo parecido, bajo distintas formas y modalidades puede decirse de todos los fundadores de religiones que Dios ha llamado a una acción de singular influjo. Para los que piensen en un nombre de hoy día diré si no fue el silencio del retiro en Tierra Santa, en el Sahara y entre los tuaregs, el que convirtió a Charles de Foucauld en un hombre a quien hoy día muchos siguen. No le seguirían si hubiese permanecido siendo aquel militar joven, agotado en el mariposeo de atractivos externos.

---

(1) GRIERA, A.: *El Dr. Josep Torras i Bages, Bisbe de Vic*. Biblioteca Filológica-histórica, vol XIX. Inst. Intern. de Cultura Románica de la Excma. Dip. Prov. de Barcelona, Abadía de San Cugat del Vallés, 1966; página 13-14.

El Concilio Vaticano II se hace eco de esta realidad bajo diversas afirmaciones y normas, por ejemplo la que pronuncia a propósito de los religiosos cuando dice: «Cuanto más fervientemente se unen con Cristo por esa donación de sí mismos, que abarca la vida eterna, tanto más feraz se hace la vida de la Iglesia y más vigorosamente se fecunda su apostolado»; «buscando ante todo y únicamente a Dios, es menester que junten la contemplación, por la que se unen a Dios de mente y corazón, con el amor apostólico» (2); como de la formación de los sacerdotes en el Seminario dice que han de habituarse a unirse con Cristo «como amigos, con el consorcio interno de toda su vida» (3); pero el amor de amistad, si no es entendido superficialmente como emoción pasajera, sino como estado habitual, requiere cierta soledad y exclusividad en el trato y en el amor.

### III. *Estar en el mundo, no ser del mundo*

La enseñanza de Torras y Bages fue fiel reflejo de las verdades que, habiéndolas contemplado y vivido en su larga concentración, habían de ser expuestas en su magisterio con cierta espontaneidad casi connatural: *contemplata aliis tradere*.

Publicó en 1888 aquel precioso opúsculo *El Clero en la vida social moderna*, compendio del espíritu torrasino, a la vez ausente del mundo y presente en él; ausente para poder hacer eficaz su presencia; presente porque había sabido ausentarse a tiempo.

Dice así en su opúsculo: «El permanente conflicto entre lo temporal y lo eterno, en que tantas almas naufragan, está en nuestros días en un período álgido, y así como en los individuos, al cambiar las edades nótanse pavorosos síntomas, sienten desfallecimientos y hasta un desequilibrio que parece muchas veces vecino a la muerte; también la sociedad, al pasar de una edad a otra, experimenta estas congojas y batallas de humores y una falta total de solidez en su ser. Y, sin embargo, el tal conflicto lo resolvió Cristo quitando de en medio el pecado que es causa de él, y casando admirable y amigablemente lo temporal con lo eterno, haciendo del primero adecuado preámbulo del segundo» (4).

Hizo suyo aquel principio de Jesucristo que, casi a un siglo

(2) Decreto «Perfectae caritatis», n. 1,5; cfr. n. 6-7; «Lumen Gentium», cap. 6, n. 46.

(3) Decreto «Optatam», n. 8; cfr. 9-12; n. 21, «praepollente supernaturalium auxiliorum vi semper memorata».

(4) TORRAS I BAGES, J.: *El Clero en la Vida Social Moderna*, prólogo. Citaremos en adelante este opúsculo con la sigla CL, según la edición publicada en *Obras Completas de l'Il·lm. Senyor Dr. Josep Torras i Bages, Bisbe de Vich*, vol. IX, El Clericat. Biblioteca Balmes (Barcelona) 1935; pág. 10-11.

de distancia del Dr. Torras, repetiría Pablo VI: «El gran principio enunciado por Cristo se presenta de nuevo en su actualidad y en su dificultad: estar en el mundo, pero no ser del mundo» (5). Torras y Bages lo formulaba así: «Nosotros no debemos sumergirnos en el mundo, ni con pretexto de sanear la política, ni con capa de celo por la Iglesia; y, no obstante, nos atañe la dirección del mundo; si en él nos sumergiésemos, su corriente nos arrastraría; el polvo que levantan las humanas luchas nos cegaría; puestos en lugar eminente, con claridad de vista y serenidad de ánimo, veremos las sendas de la justicia y de la paz por donde debemos encaminar a nuestros semejantes» (6).

#### IV. *El principal peligro*

La idea central del Dr. Torras y Bages está bien clara: la difusión, la exteriorización, son el principal enemigo del sacerdote y del apóstol, así como de modo semejante, el naturalismo es el mal que habría de combatir. Pero no podrá el sacerdote sobrenaturalizar el mundo, si él mismo está naturalizado.

Dice así: «La vida externa nos engolosina y es muy posible que en ella, aun cuando la hayamos tomado con un fin sobrenatural, el fácil embeleso de los hombres sofoque en nuestro corazón el árduo misterio de Dios, única fuente de sobrenaturalización del mundo por instrumento de los hombres» (7).

Aquellas palabras de Jeremías: «toda la tierra está desolada, por no haber quien recapacite en su corazón» (Jer. 12, 11) tienen un profundo eco en Torras y Bages: «Siempre hemos creído —dice— que el mundo moderno no se pierde por falta de acción, sino de contemplación. Sin que queramos decir que no sea muy meritoria la actual acción católica sobre el mundo, sin embargo haremos una observación sobre este punto. La enseñanza de la juventud está en gran parte en manos del clero regular y secular; vemos establecidas asociaciones católicas en casi todas las ciudades; empléanse medios e industrias para cristianizar el mundo: todo junto forma una acción católica importante en medio de la sociedad, y, sin embargo, su fuerza expansiva es débil; hoy por hoy nuestro proselitismo en España es insignificante, y creemos que lo es por falta de concentración [...] La Historia de la Iglesia demuestra cómo el fecundo apostolado de los hombres divinos que transformaron la sociedad, estuvo precedido de un largo período de profunda reconcentración y encogimiento de sí mismos [...] Cualquiera que reflexione conocerá claramente que nuestra misión

(5) PABLO VI: «Ecclesiam Suam». n. 45, pág. 36, edic. B.A.C., vol. 251. Madrid 1965.

(6) CL, pág. 74.

(7) CL, pág. 63.

social para ser fructífera exige una asidua vida interior y piadosa» (8).

No es que Torras y Bages niegue la necesidad de la adaptación, o debilite la presencia externa del sacerdote en el mundo; lo que niega es que lo esencial sea lo externo y la habilidad humana, si forman un cuerpo cartalaginoso, endeble y caedizo por no estar sostenido por una sólida osamenta interior: «Y es necesario decir muy a las claras estas cosas, porque aun los más enemigos, en teoría, del siglo, en la práctica déjense arrastrar por la corriente y alucínanse de tal manera que toman el ministerio evangélico como puramente externo, y habilidad del todo humana, imitando en buena parte los procedimientos de los bullidores políticos contemporáneos, de quienes por una oculta filiación tal vez proceden, más que de los apóstoles» (9). Lo esencial es por el contrario, la oración: «Porque la oración es una función esencial en el sacerdocio, imprescindible, necesaria en todas las situaciones de la iglesia, la cual la intima al que ordena sacerdote como su primer deber» (10).

Es sumamente curioso que ciertas expresiones de Torras y Bages, escritas el siglo pasado, parezcan arrancadas de un maestro que presenciase ciertas actitudes de hoy día: «Nuestros campamentos son las sagradas iglesias, aquél es nuestro campo de operaciones; dudamos mucho del provecho espiritual de sermones, conferencias y pláticas que se oyen entre partida y partida de billar o entre copa y copa» (11). Y expone a continuación que no critica que el apóstol se dirija a las multitudes, ni que se meta en fábricas y tabernas para llevar a los hombres a Cristo, sino que para lograrlo se haga tabernero y multitudinario.

## V. *La política*

Por esto también critica la que podríamos llamar «la baja política» o política menuda, no los principios supremos, o «alta política», que siempre tuvo fijos, y que determinaron en él una actitud de obediencia y sumisión respecto de la autoridad civil, pero de independencia respecto de cualquier forma particular o temporal.

Bien lo prueba el hecho de que antes de aceptar su consagración episcopal, enviase al Gobierno su discurso, tal como pensaba leerlo: si no gustaba su pensamiento, renunciaría a su Obispado: sus principios (precisamente porque no eran un tambaleo ocasio-

---

(8) CL, pág. 64-65.

(9) CL, pág. 65-66.

(10) CL, pág. 66.

(11) CL, pág. 80.

nal u oportunista, sino fruto de su concentración y contemplación) no cambiarían: permanecería tan independiente internamente, como anclado en lo eterno.

Pero en cuanto a la «baja política», le era totalmente ajena; y así quería fuese para sus sacerdotes: «Es cosa muy fácil, pero ridícula para el clérigo hacer del héroe enfrente de la autoridad civil, que no le perseguirá: hace años que en España no hay persecuciones religiosas» (12); «Debemos, pues, ser amigos del recogimiento, pero no de la abstención; evitar altercados y contiendas, mas difundir continuamente el espíritu de Cristo; no ser esclavos de la política ni mangonear en ella; no batirnos ni en pro ni en contra de ningún interés político, sino reflejar sobre el público orden social el resplandor del estado eclesiástico perfectamente ordenado, con sujeción de los menores a los mayores, con unidad de criterio, que lo han de formar los que presiden, no los periodistas o los jefes de escuelas; dando, en una palabra, el ejemplo de una clase o estado prácticamente antiliberal. Si los eclesiásticos se manifestasen acometidos de la *parva epilepsis* política; si el disolvente juicio privado, raíz del liberalismo, se introdujese en el clero, el día en que éste predicase a los ciudadanos el orden, la justicia y la paz social merecería oír aquella respuesta: *Medice cura te ipsum*» (13), «médico, cúrate a ti mismo».

#### VI. *Candor muy sagaz*

Bien se da cuenta de que sus palabras serán recibidas por los que se creen ser muy avisados, muy modernos, muy influyentes, con una sonrisa de desprecio. Pero Torras y Bages desprecia la sonrisa de desprecio. No hace ningún caso de las sonrisitas de los «iniciados» en círculos intelectuales, porque sabe muy bien el valor de lo que dice y por qué lo dice: «Tal vez alguien nos tache de cándidos viendo cómo exclusivamente fiamos la salvación social a la influencia sobrenatural; pero nosotros le contestaremos con aquellas divinas palabras, eterno programa de la acción sacerdotal en medio de la sociedad: *Haec est victoria quae vicit mundum, fides vestra* [cfr. I Juan, 5, 4]. Quisiéramos que nuestro estado respirase sobrenaturalismo por todos sus poros, y que en todas las acciones de su vida, que en la práctica de la vida social ejerciese siempre tan divina influencia» (14).

Esta es la fuerza verdaderamente irresistible: «la influencia sobrenatural práctica es irresistible, gana las batallas sin ruido,

---

(12) CL, pág. 81.

(13) CL, pág. 126.

(14) CL, pág. 97.



vence al enemigo sin irritarle, conquista sin hacer ruinas; óbrase en virtud de ella aquella transformación suavísima que el sujeto recibe casi sin percibirla, porque consiste en una transfusión de espíritu. Nada de lo exterior se inmuta, y sin embargo, ha habido un cambio completo, un espíritu nuevo» (15).

Antes de combatir el naturalismo en los otros, hemos de combatirlo en nosotros mismos: «El triunfo sólido sobre el naturalismo lo ha de alcanzar el clero, y sola y exclusivamente lo alcanzará estando poseído del espíritu sobrenatural, o lo que es lo mismo, mediante su fecundación por la contemplación divina. Que vengan enhorabuena campañas periodísticas y aun sermones apologeticos acerca del naturalismo; nunca irán mal; pero la acción eficaz ha de ser que nosotros mismos sobrenaturalicemos nuestras vidas y, de consiguiente, nuestra acción; de otra suerte, descuidada la profunda vida espiritual propia de nuestro estado, mientras sostendríamos batallas inútiles o casi inútiles contra el naturalismo, él calladamente se haría dueño de nuestro corazón; así hemos oído, por confesión que podemos llamar de parte, cómo el liberalismo, o a lo menos en casos dados, se ha apoderado del ánimo de los que fueron sus constantes impugnadores. El *prius est esse quam operari* es una sentencia de invariable verdad. Antes de combatir el naturalismo y aun el liberalismo conviene que nos purifiquemos de estos vicios; nuestra acción sobrenatural será vana, si no estamos saturados de la contemplación divina de una parte, y de otra no tenemos completamente rendida nuestra voluntad ante el imperio del Superior. Estos dos vicios son eternos en nuestro linaje fuera de que ahora han cristalizado en sistemas. Retrocedamos a la hermosa fórmula de San Atanasio; no dejemos la contemplación de Dios para lanzarnos a la contemplación de la humanidad; de lo contrario, con sorpresa nos encontraremos a nosotros mismos desnudos» (16).

Y porque nos falta el fuego de dentro, no lo prendemos fuera: «Cumplimos, es cierto, con regularidad nuestros deberes eclesiásticos, pero este fuego interior que prende en las almas y se propaga como centella en cañaveral, la unción de la palabra divina, que como el aceite penetra suavemente por todos los poros, es hoy caso rarísimo, a lo menos en nuestro país. La moda de la secularización nos ha tocado también a nosotros —¿por qué no confesarlo?—; y la palabra divina queda enervada entre mundanos afeites o suplantada por una doctrina social que no posee virtud para tocar los corazones ni para salvar las almas. Lo que nuestros antecesores, mucho más sabios que nosotros, con profunda filosofía llamaban *verdades eternas*, son hoy temas envejecidos de que no debe predicarse a la gente rica y elegante, se

---

(15) CL, pág. 51.

(16) CL, pág. 66-67.

reducen la mayor parte de sermones a ramilletes de fuegos artificiales, que no encienden los espíritus, ni de veras iluminan las inteligencias, ni cauterizan los vicios de los corazones, y sólo proporcionan un deleite fugaz a los oyentes» (17).

#### VII. *Ciencia, Filosofía, Teología*

¡Cuántas veces oímos a personas, que se lamentan de que se tambalea su Fe! En verdad lo que nos sorprende no es que en ellos flaquee la Fe, sino que no flaquee más. Porque conservar y robustecer la Fe supone en el que la tiene una disposición activa, amor a la verdad sobre todos los convencionalismos de la moda y del prestigio; supone un adecuado cultivo intelectual; pero si empiezan descuidando estas disposiciones necesarias, ¿cómo van a lamentarse después de que están agobiados por las dudas, o cómo van a pretender que no se explica se les haga tan costosa la Fe? Si primero andan coqueteando con todos los errores y temeridades, exagerando los aciertos de los sistemas falsos, disminuyendo la importancia de sus yerros, callando sistemáticamente todo lo que puede aportar luz a la verdad, ¿pueden después sorprenderse del resultado a que llegan?

También en esto Torras y Bages miró las cosas con la profunda sabiduría del hombre de Dios. Por esto exigía que el sacerdote tuviese gran aprecio de la Ciencia, de la Filosofía, de la Teología: «Cuando el entendimiento humano llega a cierto desarrollo, la fe, según las vías ordinarias de la gracia, difícilmente arraigaría y prosperaría, sino mediante lo que podríamos llamar la ciencia de la fe, de que habla San Agustín. Este ilustre doctor en este mismo tratado no vacila en reivindicar para sí el título de filósofo; y nosotros, que vivimos, como él, en época de contradicción y de duda, y de universal discusión, hemos de ser filósofos cristianos, no sólo para difundir la fe entre los ciudadanos, sino aun para acrecentarla en nosotros mismos. La oración y la ciencia son los dos grandes fomentos del sobrenaturalismo; despierta la primera el voraz apetito de saber, y la segunda lo satisface; quien tiene más ganas más come y, de consiguiente, más se nutre y fortalece. Sin el cultivo de la ciencia languidece nuestra inteligencia, y las grandes verdades reveladas las tenemos, no en provechosa y útil posesión, sino en estéril inventario; vienen nuevas edades; aparecen sistemas distintos, costumbres y necesidades nuevas; en una palabra, la humanidad toma nueva faz y nos encontramos atascados y la repelemos bruscamente como indigna de guarecerse bajo las divinas alas, como si éstas en su inmensidad no debiesen proteger todas las edades» (18).

(17) CL, pág. 83-84.

(18) CL, pág. 68.

A continuación cita un texto que adujo el Concilio Vaticano I en el capítulo sobre la fe y la razón, texto de San Vicente de Lerins a quien Torras y Bages cita con tanta complacencia: «Crescat igitur .. et multum vehementerque proficiat, tam singulorum quam omnium, tam unius hominis quam totius Ecclesiae, aetatum ac saeculorum gradibus, intelligentia, scientia, sapientia: sed in suo dumtaxat genere, in eodem scilicet dogmate, eodem sensu eademque sententia» (19); «Que por consiguiente crezca y avance mucho y fuertemente, la inteligencia, la ciencia, la sabiduría, tanto de cada uno, como de todos, tanto de un hombre, como de toda la Iglesia, edades y progresos de los siglos: pero solamente en su ser, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido, y en la misma afirmación».

En la Ciencia Sagrada (igual que en los otros órdenes de la actividad humana) se presenta siempre la misma dificultad y la misma solución: la Fe ha de avanzar «extrinsecamente» (penetrando mejor en su contenido, cotejándola con lo verdadero que añade cada edad, integrándola en síntesis más amplias, etc.), pero todo ello sin disminuir, quitar, ni cambiar; sin claudicaciones ni cobardías, sin cesiones a aquella «moda intelectual» que mencionó Pablo VI en su primera Encíclica. Tarea en verdad incesante y paciente, pero rebosante de ubérrimos frutos: «Tal es la continua y pacientísima tarea de la ciencia eclesiástica: aplicar los principios de la perpetua religión de Cristo a la variable humanidad, lo sobrenatural a lo natural; como la vara de Moisés hace brotar aguas saludables de los más secos peñascos. La explotación social de este caudal riquísimo de la fe tócanos a nosotros eclesiásticos, y los instrumentos de que debemos valernos son la ciencia y la caridad» (20).

Oración y ciencia, impulsadas por la caridad: he aquí las raíces de que brota la sabia que vivifica la acción sacerdotal según Torras y Bages: «Encuétrase que la perpetua tradición de la Iglesia, las doctrinas de los Santos y en la Edad Moderna especialmente de San Ignacio de Loyola, que Dios envió para la reforma del sacerdocio, y las continuas enseñanzas de los Pontífices Romanos, nos recomiendan eternamente lo mismo: la oración y la ciencia. De ambos ejercicios mentales coadunados brota robusto, como el efecto de su causa, el espíritu eclesiástico, admirable y adecuado instrumento del Espíritu de Dios para sobrenaturalizar el mundo» (21).

---

(19) VATICANO I, Sesión III, *Const. dogm. de fide*, cap. 4, *de fide et ratione* Denz. (edit. 30, Barcinone 1955) n. 1800.

(20) CL, pág. 70.

(21) CL, pág. 128.

### VIII. *Conclusión*

Se conserva un fragmento incompleto, que estuvo inédito hasta la publicación de las Obras completas, en el cual Torras y Bages habla del tema del sacerdocio con estas palabras: «Para ejercer una intensa influencia espiritual hemos de ser espirituales. ¿Qué significa ser espiritual? Vivir no según las leyes del mundo ni de la carne, ni según la sabiduría humana, sino según el espíritu de Dios» (22).

Sólo así —nos dice Torras y Bages—, sólo así se vence el gran mal, el naturalismo: «el naturalismo práctico nos devora, y aunque combatamos el naturalismo dominante que sostiene el exclusivismo del orden natural, nosotros desgraciadamente en la práctica somos víctimas del mismo vicio dando mucha más importancia a lo que se ve que no a lo que no se ve, es decir, al trabajo exterior, a la lucha externa, que al trabajo interior, a la lucha íntima de la oración y de la consideración cristiana» (23).

Por esto precisamente Torras y Bages ordenó en junio de 1906 que sus seminaristas al terminar los estudios de filosofía, examinasen de nuevo su vocación sacerdotal antes de proseguir adelante en la carrera eclesiástica; y el modo de examinarla sería, según él, que practicasen Ejercicios Espirituales, porque sólo así verían los futuros sacerdotes si después serían capaces de enfrentarse con el materialismo práctico que ha traído a la sociedad la multiplicación de la riqueza: «La multiplicación de la riqueza subsiguiente al desarrollo de la industria, de la agricultura y del comercio, no sólo ha servido para favorecer la satisfacción de las necesidades humanas, sino que también ha acrecentado las concupiscencias y el materialismo de la vida. Y de la carne, nos explica el apóstol S. Pablo, que brotan las demás pasiones humanas, incluso aquellas que quieren decorarse con un disfraz espiritual como son: la soberbia, la herejía, las disensiones, la ambición» (24). Por consiguiente, a mayor materialismo del mundo, mayor espiritualidad en aquellos que han de salvar el mundo de su materialismo.

Es evidente que por opinar que ha de permanecer vivo «el espíritu» de Torras y Bages, no afirmamos que se conserve toda «la letra» con que plasmó este espíritu hace un siglo. Muchas cosas han cambiado durante los 78 años transcurridos desde que Torras y Bages escribía su visión del sacerdote; otras cosas se han añadido; nuevos problemas se han planteado; el Concilio Vaticano ha aportado nuevos auxilios. Pero quien rechazase un espíritu

---

(22) *La vida espiritual del Sacerdote*, vol. IX, El Clericat, pág. 322.

(23) *Circular sobre el Rosario*, vol. IX, El Clericat, pág. 231.

(24) *Examen de Vocaciones*, vol IX, El Clericat, pág. 235.

por pretexto de que ha cambiado la letra, mostraría tener muy poca sagacidad. De las paredes de una Universidad pendían cuadros con los modelos que debe imitar el estudiante en ciencias físicas: Galileo, Newton, Volta, Ampère... ¿Quiere esto decir que el físico de hoy día ha de imitarles volviendo a hacer las experiencias de la caída de un peso sobre una tabla inclinada, o fijarse en la caída de la manzana de un árbol, o en las sacudidas eléctricas de los músculos de la pata de una rana muerta? Ciertamente no. Este género de imitación puramente literal no se propone al estudiante de hoy. Sin embargo, quedan ante sus ojos Galileo, Newton, Volta, Ampère, porque su mismo espíritu es el que debe realizarse en cualquier circunstancia mudable.

No decimos, pues, que se conserve toda la literalidad de lo que ordenaba Torras y Bages sabiamente en 1888, movido por un espíritu extraordinario; sino que aquel espíritu suyo, no otro, sea el que siga informando las distintas situaciones de hoy.

Hace poco tiempo preguntaron a los sacerdotes de Barcelona, cómo había de estructurarse, según su parecer, la formación sacerdotal en el Seminario diocesano. Si al coro de voces, pudiésemos añadir la nuestra, no vacilaríamos en decir: lo primero a que hay que atender antes de señalar diversas prescripciones (particulares, en gran parte ocasionales o circunstanciales) sería *el espíritu que ha de inspirarlas* todas ellas, de un modo unitario y profundo. Y este espíritu lo tenemos en este catalán, hombre extraordinario, cuya tradición divina y humana, habríamos de recoger con veneración.

Cuando el Eminentísimo Sr. Cardenal Enrique Pla y Deniel pronunció en 1946 en los salones de «Balmesiana» aquel memorable discurso conmemorativo del centenario de la muerte del Dr. Torras y Bages, no dudó en tributarle un calificativo sumamente elogioso: «Quienquiera que haya leído o lea las Cartas Pastorales y los Opúsculos Apologéticos del Obispo Torras y Bages creemos convendrá con nosotros en apellidarle *Un Santo Padre de la edad moderna*» (25).

Por esto, su espíritu, su esencia, trasciende la literalidad y limitación de un tiempo y de un lugar, para adquirir proporciones universales: «El grande Obispo de Vich José Torras y Bages, es un inapreciable Doctor para toda la Iglesia Católica y Universal» (26).

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

---

(25) EM. Y REVDMO. SR. CARDENAL D. ENRIQUE PLA Y DENIEL. *Un Santo Padre de la edad moderna. Ejemplaridad sacerdotal y episcopal del Excmo. Señor Obispo de Vich Doctor D. José Torras i Bages*. Toledo, Editorial Católica Toledana 1947, pág. 17.

(26) *Ibid.*, pág. 19.